



www.loqueleo.com/es

© 2020, Rosa Huertas

© De esta edición:

2020, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-376-4

Depósito legal: M-40.447-2019

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: abril de 2020

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

El verano del incendio

Rosa Huertas

Ilustración de cubierta de Marta Sevilla

loqueleg

*A mis compañeros «aurorianos», por el camino
recorrido y lo que nos queda por escribir.
Con todo mi cariño y admiración.*

¿De qué hablas, Quin?

El verano del incendio, el mundo cambió para Quin. 7

Tiempo después también habría de recordarlo como el verano del galgo, de los secretos desvelados, de la acción, de las preguntas y, sobre todo, de Luna. Demasiados acontecimientos para un solo verano en un pueblo donde nunca pasaba nada.

Joaquín, a quien casi todos llamaban Quin, vivía todo el año en Villamar, un pueblo costero donde abundaban los veraneantes, pero que se quedaba raquítico en invierno. Su familia nunca salía de vacaciones cuando lo hacían los demás, porque regentaba una cafetería-heladería en el paseo marítimo que solo daba buenos beneficios en julio y agosto. El café Solmar cerraba en noviembre o en enero, pero como había que seguir el curso escolar, los López-Martín tampoco podían salir de Villamar en

esas fechas. Quin apenas había visitado el resto del mundo, solo alguna escapada de fin de semana a ciudades cercanas que siempre le parecían más feas que su pueblo. Al menos, el verano tenía algo de nuevo, de bullicioso: los forasteros abarrotaban las calles y regresaban los amigos «de fuera», como los llamaban quienes vivían todo el año en aquel lugar con playa, montaña y urbanizaciones. No le faltaba de nada a Villamar.

Quin era muy hablador, en el colegio siempre se enfadaban con él porque no paraba de hablar. La profesora aseguraba que, si estuviese más atento, sería el primero de la clase, pero muchas veces no se enteraba porque prefería contarle chistes a su compañero o inventarse alguna historia extraordinaria que juraba que era real.

—¡Quin y Marco! ¿Se puede saber de qué habláis? —les gritaba la profe.

—¡No soy yo! —protestaba Marco—. ¡Es él! Dice que anoche vio por la ventana las luces de un platillo volante.

La clase estallaba en carcajadas, pero no se reían de Quin porque sabían cómo era, disfrutaban de sus ocurrencias y sus fantasías y se divertían con

las historias que se inventaba. La profesora ponía cara de resignación y pedía a Quin que dejase para el recreo el relato del ovni.

Marco y Álex eran sus mejores amigos, sabían escuchar, lo apreciaban y lo respetaban. Ellos sí viajaban fuera algunas semanas del verano y nunca olvidaban enviar una postal a Quin desde el lugar de vacaciones. Luego, él les pedía que le contasen alguna historia de la ciudad que habían visitado, para engrosar su colección de relatos de aquí y de allá, y que guardaba junto a las postales.

En cuanto acababa el curso, Quin pasaba horas en la heladería. No debía atender al público, no tenía los años necesarios para trabajar, pero sí atraía a la clientela y, sobre todo, a los chavales de su edad, a quienes prometía un helado gratis por cada diez. A su padre no le pareció mal la estrategia de venta, o quizá lo admitió por no seguir oyendo a Quin justificar lo acertado de la idea.

—Venga, haz lo que quieras —acabó aceptando el señor López.

Al chico le encantaba hablar con los clientes, y muchos volvían porque les hacía gracia el desparramo de aquel charlatán.

Quin guardaba algunos secretos inconfesables, aunque todo el mundo los sabía. Era muy miedoso, todo le asustaba: la oscuridad, las tormentas, los ruidos extraños, las sombras misteriosas y, sobre todo, los perros. Él intentaba disimularlo, alejarse un poco sin que los demás se percataran, pero sus amigos lo sabían, aunque ninguno parecía darse cuenta ni se burlaban por ello. El mismo Quin pensaba que los demás desconocían aquella fobia terrible, cuyo culpable no era otro que el perro de don Máximo, el alcalde, que se le echó encima una tarde que montaba en bicicleta por el bosque de los Tilos y encima le dio un leve bocado en la perna. Aunque apenas le provocó un rasguño, el susto fue tremendo y desde entonces aborrecía a todos los perros. Le parecían asesinos en serie y llegó a inventarse varias historias truculentas en las que los perros atacaban a niños y mayores. Le asustaban sus ladridos y hasta sus movimientos impredecibles.

—Los odio —murmuraba cada vez que se cruzaba con uno.

—¿Qué dices? —le preguntaba Álex, que iba a su lado.

—¿Te he contado alguna vez la leyenda del castillo de Villamar? —soltaba para cambiar de conversación.

Álex se reía por dentro, en Villamar nunca había habido un castillo. Era el más serio del grupo, sonreía poco y hablaba menos. Su madre decía que era inteligente y que tenía un gran mundo interior. Debía de ser verdad porque Álex sacaba muy buenas notas, aunque siempre le decían que tenía que participar más en clase. Era el compañero de pupitre ideal para no ser molestado y por eso solían sentarlo al lado de Quin, que no paraba de hablarle aunque Álex jamás le contestara.

Sin embargo, sentar a Quin con Marco suponía siempre un desastre. El primero hablaba, el segundo respondía y, si les llamaban la atención, acababan peleados porque Marco le echaba la culpa al otro, que era quien empezaba las conversaciones.

—¡Ya me la he cargado por tu culpa! —protestaba.

Marco era buen chico, pero bastante quejica y protestón, nunca estaba conforme. Si quedaban en el bosque de los Tilos, él prefería ir a la playa, y viceversa. Para colmo, no le gustaban los helados.

—¡Pero si es lo más bueno del mundo! —insistía Quin—. No sabes lo que te pierdes.

Para Quin, eso de no disfrutar de los helados debía de ser un defecto de fabricación y pensaba que su amigo Marco era el único que lo sufría. ¡Pobrecillo!

¿Estáis preparadas?

Completaban la pandilla Susi y Celia, las dos amigas inseparables, tanto que hablaban a la vez para decir lo mismo. Se daban fuerzas la una a la otra, por eso juntas se sentían indestructibles. Eran distintas, se complementaban. Lo que Susi no sabía lo sabía Celia. Lo que se le daba bien a una se le daba mal a la otra. Pero no les importaba. Susi era alta y rubia; Celia, pequeña y muy morena.

A veces iban vestidas igual, como si fueran hermanas, aunque nadie pensaba que lo fueran, pero no siempre encontraban ropa semejante de la talla de cada una.

Quin las llamaba las siamesas, porque nunca se separaban, como si una parte de sus cuerpos permaneciera pegada para toda la vida. Esa palabra, «siamesas», se la había oído decir a su padre y, como no sabía qué significaba, recurrió a internet.

Allí descubrió su significado y el origen de la palabra, que le sirvió para contar una de sus historias increíbles.

—Me recordáis a las famosas siamesas húngaras, que nacieron unidas por la espalda —les dijo una tarde que aparecieron juntas por la heladería.

14 Susi y Celia lo miraron incrédulas mientras saboreaban sus respectivos helados, ambos de limón y fresa.

—¿Queréis saber quiénes fueron los siameses más famosos? —insistió—. Tienen una historia tremenda.

Como no respondieron, Quin interpretó que le daban vía libre. Lo cierto era que ellas sabían que, dijeran lo que dijeren, Quin contaría lo que le diera la gana. Así que se dispusieron a escuchar, resignadas. Con un helado en la mano, casi todo daba igual.

—Los más conocidos eran dos hermanos unidos por el estómago que nacieron en Siam hace más de 200 años, aunque pasaron casi toda su vida en Estados Unidos. Trabajaban en un circo, eran artistas y hacían acrobacias, trucos de magia y hasta contaban chistes.

—Entonces, se parecían más a ti que a nosotras —se burló Susi y rieron las dos.

—Las entradas a su espectáculo eran caras —continuó Quin como si no hubiese escuchado el comentario—, pero el público llenaba el circo para verlos y hasta salían muchas veces en los periódicos. Ganaron dinero porque además eran inteligentes y astutos en los negocios. Durante muchos años consultaron a los médicos, por si podían separarlos, pero no había rayos X como ahora y la operación resultaba muy peligrosa. En el siglo XXI los podrían haber operado fácilmente. Vosotras dos, ¿no queréis que os operen para separaros? —bromeó Quin.

—Mejor te operas tú de la tontería —saltó Celia—. Aunque lo tuyo no tiene operación ni remedio —rieron las dos.

—Tenéis razón —admitió la broma y siguió contando—. Lo más dramático viene ahora. ¿Estáis preparadas?

Las chicas siguieron con los helados, ni siquiera asintieron con la cabeza.

—El final de los siameses fue trágico. Uno enfermó de una neumonía, de la que murió. —Quin

puso una voz cavernosa, la que usaba cuando pretendía asustar a sus amigos—. El otro se despertó una noche y descubrió que su hermano no respiraba. ¡Estaba muerto! Así que presintió que su final estaba cerca. Cuando llegó el médico, también había fallecido, de un *shock* al ver a su mitad sin vida.

16 —Te lo has inventado, ¿verdad? —dijeron las dos a la vez.

—¡De eso nada! —protestó él—. Viene todo en la Wikipedia.

—Entre las dos llevamos ocho helados en esta semana —dijo Susi—. Con dos más nos tienes que regalar uno.

—Será uno para las dos, pero no tendréis problema, ¡como lo compartís todo! Hasta os gusta el mismo chico, que lo sé yo.

Las dos amigas enrojecieron, aunque a Susi, que tenía la piel más blanca, se le notaba más.

—Sí, os gusta Santi —susurró Quin, como quien descubre un secreto—. Me ha dicho que llegará mañana a Villamar, enseguida lo vais a ver.

Ellas, muy dignas, le dieron la espalda enfadadas y salieron de la heladería sin despedirse.

Quin se arrepintió del comentario, habría sido más divertido que Susi y Celia siguieran allí para contarles los nuevos chistes que se había aprendido. A veces se pasaba de listo, hablaba de más, pero aún no sabía cómo dominar su parloteo incansable.

—Soy un bocazas —murmuró.

Y se dejó caer en la silla a esperar que apareciese una nueva víctima a quien apabullar con su charla. Mientras tanto se entretendría leyendo, nunca faltaba un libro sobre su silla de la heladería, aunque solo fuera porque a los clientes les gustaba ver a un chaval leyendo, en lugar de mirando el móvil.